

1992

Mariano isolda y mosquera

Luis Rebaza Soraluz

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>



Part of the [Fiction Commons](#), [Latin American Literature Commons](#), [Modern Literature Commons](#), and the [Poetry Commons](#)

Citas recomendadas

Soraluz, Luis Rebaza (Otoño 1992) "Mariano isolda y mosquera," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 36, Article 25.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss36/25>

This Creación: Cuentos is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

MARIANO

isolda y mosquera

Luis Rebaza-Soraluz

Viajó Mariano a la Europa de finales de un siglo. En cierto punto de su infancia se movió del tablero de una ciudad al trazo de una metrópoli; de lo remoto cincelado en piedra y lava sobre los pies de un volcán, hasta lo construido sobre una roca en los aires con los rebordes almenados y majestuosos de su imaginación. Y a través de dos océanos azules.

En la *Villa* del volcán, en el cajón de su campiña por tres costados, en cuna levantada a siete mil pies del nivel de las aguas, había llegado al mundo *un* Mariano que él mismo nunca creyó haber sido. En travesía de nueve semanas, sobre la maternidad de las olas, se había regestado *este* Mariano, ávido de albedrío, amamantado por viento. Llevado hacia un lado de la balanza para un perfecto equilibrio. Dos distintas personas y un solo y verdadero Mariano, nacido en esa *Villa* señorial como penalizado de antemano por un futuro de paria: encerrado como nieve en una jaula y puesto un día por la providencia bajo el calor de la libertad.

De no haber *este* Mariano hendido dos mares, la posible adolescencia del *otro* hubiera reclamado un escenario distinto al tablero de su nacimiento; uno reforzado por montañas más nobles y quizá no más grises, en una ciudad milenaria que envejecía a dos leguas más de altitud que su tierra natal, lejos del océano y de lo volcánico, superpuesta sobre restos derrotados de lo que fi era el ombligo de un mundo. Y quizás aquel Mariano hubiese tenido una educación de severos convictorios en esa otra ciudad — apoyados en la espalda de sus piedras modeladas y enormes —, como era usual en el virreinato para los varones que procedían de una familia que además de su solvencia se destacaba por una impecable foja de servicios militares. En aquella villa de su nacimiento, planeado ajedrez, Mariano dejó otro reino que hubiera cambiado por un caballo.

Y convertido en oficial del imperio este Mariano atravesaba ya plazas y calzadas de las cortes — con el reino que edificó en los aires a sus pies — como había aprendido a atravesar los patios empedrados de educación del Colegio de

su niñez en la cercana Francia. Su primer paso de hombre no era uno sobre las aguas, ni sobre porosa lava, sino el inicio de una cadencia redoblada y marcial, con porte e ilustración, que navegaba por losas multicolores de salones y palacios.

En esa Europa peninsular y pálida, germana y morisca, entre banqueros y acuartelados, su apellido era reserva de mediano capital y depósito de influencias, merced a un escudo de armas forjado por primos, tíos y abuelos. Inmerso en la imperial tradición de hidalgos que vestían el hábito o las armas, y sin estar dispuesto a liberalidades administrativas o comerciales — y menos al oficio de algún gremio de plebe — Mariano optaba sin mucho esfuerzo por devanar el nervio de la espada y correr con calculado suspenso por el filoso cauce de la pólvora.

Décadas atrás, su tío abuelo llegó a *Villa Hermosa* cuando era sargento mayor de milicias; bien casado con la fortuna, ésta le dio tres hijos que fuera de la comarca escalaron a tiempo posiciones interesantes: Brigadier, Oidor, y Sacerdote influyente — en ese orden subieron el otro pie a la carroza de la nobilidad. Su padre alcanzó un corregimiento. Su hermano Domingo sopesó las viejas armas: militar como lo era él y además caballero de la orden de Montezuma. Bajo su mirada fraternal le tocaba al bisoño Pío encontrarse con una insignia de Capitán y el prestigio de las “guardias Wallonas”. Todos los varones hacían honor a sus ramas familiares aderezando con hojas los laureles heredados de la mano del conquistador. Pero de la virilidad y juicio de sus antepasados y progenitores, Mariano había recibido sobre todo el doble filo de la espada y la chispa intensa de la pólvora: las dotes del político y el encanto del criador de serpientes.

Como lo había probado su tío el Brigadier, el éxito militar en la corte no se obtenía tan sólo ensangrentándose uniformes o entrechocando talones. En mitad del combate, reemplazar o desplazar a un jefe no era algo en extremo difícil, aunque era un doble riesgo dependiendo del flanco; hacerse de la confianza de un ministro de la corona o de un Virrey, en descampado, por lo menos era más ambicioso y requería otro tipo de destreza; para tomar los salones de la corte sin cargas a caballo había que hilar muy fino y morder con los palpos, sin llegar a cortarlos, unos cabellos de seda. Para eso era Mariano el más dotado, encantador y certero.

Por esos corredores iba Mariano cardando su ovillo. Escrito en carbón estaba que sirviera sus armas en las fronteras de España; pero no de guardamarinas en el norte y frente al enemigo británico, como su hermano Domingo, con poca oportunidad para maniobras diplomáticas felices, menos ascensos, y lejos de inversiones en tierra más firme. El mayorazgo debía servir en algún punto accidentado del reino vasco, todavía almenado y majestuoso para sus planes, mostrando ser extranjero de doble cuño, madrileño de modos y ultramarino de un dejo afrancesado y cierta oscuridad facial. Y dejar eso asentado en tinta. Poco le importaba ser visto con sospecha, pues lo vital era ser visto.

Con la esgrima en el tono de su voz aproximaba al mundo hacia su guardia, el resto lo poseía en el brillo de sus ojos.

En los albores de su orgullo consideraba haber enderezado el tronco torcido de la estirpe con un trasplante a tiempo, mas su experiencia europea le reservaba desde siempre un legado nativo: retornar porque todos volvieran a su propio rincón, pertenecer a los indios «Dragones de milicias de Majes» bajo el vuelo de cóndores y sobre gruesa arena, arar en el océano de su ambición desde esas playas a sólo unas leguas horizontales de su ciudad natal. Conjurarse con el antípoda que dejaba atrás. Pero *este* Mariano sorteaba el destino con el botón de un florete, como no pudo hacerlo Domingo — pródigo en salobridades — unos años después. Si Mariano viajaba al desarraigo era para dirigir la orientación de la fortuna en la fauces del reino, puertas que le habían abierto sus tíos los Goyanoche.

En el territorio español tenía con certeza un lugar previsto por si el pulso de su manufacturado destino temblaba: carne de cañón de origen colonial, como lo fueron sus hermanos por un tiempo. Como hubiera sido de ser *otro* el Mariano. Con pericia este Mariano reducía a un mínimo aceptable los móviles que obligaban a los oficiales sin padrino a disgregarse de un confin a otro del Imperio. Desestimaba rivales y blandía su mejor arma: dentro y fuera del reino los tíos Goyanoche dejaron su fidelidad aclarada en dorado y en rojo. Y Mariano procuraba ahondar con vigor sus ligazones familiares, oro y sangre, en el favor de los múltiples brazos del monarca.

Se estableció Mariano en esa España, a poco de dejar la adolescencia, algo después de balbucir sus primeros comandos, luego que se estabilizara en una talla del uniforme. Ya seguro, hizo traer a su lado a Domingo y a Pío. En la corte encauzó a medias al mayor y terminando el siglo lo enviaba de regreso a ultramar, alejándolo por su bien de la cada vez más peligrosa frontera marítima con la pérfida Inglaterra. Hizo que el más joven siguiera sus pasos en Francia hasta que toda una revolución se interpuso en sus proyectos. Viró algunos grados pero no perdió de vista su castillo levantado sobre el horizonte. Mariano viajó a Europa no sólo para servir al Rey sino también para colocar con buena mano la hacienda de su apellido y, en palabras de su madre, a sus mayores tesoros. Para el texto y el blasón estaba él, nunca faltarían ramas de la familia en esa parte del mundo a quienes encargarles la administración y la cuadratura de penosos números.

Destacado en Bilbao, trasgando convites en una *via crucis* sibarítica, embarcaba en los salones y enrumbaba a las fuentes plateadas navegando entre copas de vino. Mariano se rodeaba de uniformes y medallas, de sedas y bucles, entre burbujas. Y con gusto se embriagó con otro americano de sombrero extravagante, ojo crítico y lengua bífida, que no se cansaba de refunfuñar exabruptos contra los godos y codear a las parejas más respingadas. Y siempre desembarcaban de su travesía saliendo por las cocinas entre los humores densos

de las doncellas y la áspera mirada de los hombres que alimentaban de carbón los fogones. El amigo se llamaba Simón, y sobre esa piedra edificó un tabernáculo de forasteros.

Un buen día, uno de tantos extraños de gélida sonrisa le presentó a una joven francesa a quien Mariano observó sin preocupación, para luego percatarse de que parecía una niña perdida, hermosa, pequeña, sensual y pálida. Lejana como un viaje. Le puso atención a ese acento, a los encuentros y desencuentros de uVes y eMes, a la plasticidad de las vocales que se tendían la mano resbalando sobre un salón donde vibraban las cuerdas de un lenguaje universal, al ritmo encorsetado de una danza que tartamudeaba en nariz y labios como un balcón inclinándose en la noche hacia el castellano. Como poseído por una mitad impetuosa de su alma, Mariano se repetía a sí mismo las frases que le escuchaba como si las oyera venir desde otras tierras más allá de dos mares. Nunca le podría quitar a sus labios ese poder de fragmentarlo y volverlo a amalgamar en un solo espíritu con brillo de medalla reciente. El español le habría de acariciar los labios hasta su solitaria muerte. Y en vida le habría de convocar la dualidad de su destino. Y con dos variantes del mismo acento ambos habrían de rimar pláticas y susurros.

Cuando Mariano reconoce en Thérèse un puerto firme donde descansar de un par de océanos, el nuevo siglo tenía casi dos años, viejo de un régimen y de revolución; y prematuro de un orden, su tiempo aparecía atropellando como potro brioso detrás del nombre y la juventud de Napoleón Bonaparte.

Un joven general de cabello largo y extraordinaria videncia militar reunía nubes oscuras. Y en la calma que presagiaba la tormenta Mariano no tardó en deslumbrar a Thérèse. Refugiada en España debido a la revolución, no tendría pasado ni tuvo futuro para esos años de frondosas pasiones. Mariano no habría de saber cuál había sido su origen familiar ni pudo imaginar lo que pasaría con el destino de su progenie. Noble o burguesa, pudo sencillamente poseer algunos bienes inmuebles o pequeños campos de cultivo. Aterrorizada pudo haber visto como centenares de hombres, con mujeres y niños, malvestidos de rojo y desgarrados, sucios y malolientes, pisoteaban las flores y sus cercas tocados con gorros frigos y empuñando trinchas, hoces y martillos de herrero. Pudo haberse, la infeliz, tenido que disfrazar bajo harapos, quizá los mismos que recogió con repulsión luego de la plaga, para alcanzar los hitos de frontera.

Mariano la envuelve en su orfandad con los cuatro vientos de sus ancestros, encajes y organdí a favor y en contra de la dirección del reloj, y le murmura su historia cada vez de más cerca, como si se tratara de un secreto que el corazón le exigía confesar en contra de sí mismo y desde una remediante mitad: por un lado descendía de Moctezuma, y por el otro de los Borgia, al amor lo llevaba una actitud de sacerdocio. Dueño de casi una provincia del tamaño del propio reino vasco, allende el mar se extendía su fortuna, donde un dorado disco se ponía sonriente sobre otras playas.

Tenía mayores razones para que ella le creyera a ciegas: su tío era

Arzobispo de Granada y la extensión de su riqueza — hasta donde podía verse en la cantidad de ceros a la derecha de sus gastos — era palpable en el fino género de sus uniformes y en las hebillas de su calzado. Luego los presentes, las flores que volverían a levantarse tras de otras cercas.

Una y otro se hicieron a sí mismos de palabras a medias, se soñaron tangibles entre los cortinajes de las carrozas, se hallaron en libros, se perdieron diseminados por las murmuraciones, se reencontraron en una fisura descuidada por las guerras. Sus citas invisibles para ojos del resto se hicieron urgentes. Nadie los ve juntos pero no se despegan, y antes de desvanecerse por completo de la dimensión corporal del mundo la pareja decide casarse con rapidez porque el amor apura su dulce fondo. De la boda sólo se llega a saber el nombre de un sacerdote francés, también exiliado, y de una oscura capilla decorada con querubines pudorosamente velados. Los rastros sin testigos son documentos que se hicieron a prisa y con mala caligrafía, entre borrones en carboncillo. Nadie recordó recogerlos. El resto de los sucesos son oscuros y es posible que así fuesen porque el propio Mariano lo quiso, lo que aún quedaba del inimitable en las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones del raciocinio y el sentimiento.

Lo que luego pareció imposible fue que Mariano olvidara o pasara por alto la autorización del Rey para su matrimonio en regla, la hubiese aceptado como actitud del *otro* quizá no cumplió esta obligación porque el coronel estaba demasiado enamorado para arriesgarse a que le denegaran el permiso, bastantes problemas tenía la corona: el primero Godoy, después la pérdida de Santo Domingo, Trinidad, Luisiana, y además su pacto con Francia. El coronel Mariano Isolda ignoraba que muy pronto vendría Trafalgar. El temor de una negativa se justificaba con una corona preocupada porque sus hombres, en especial sus oficiales, no contaran con compromiso para evitar ir al frente o para no movilizarse con la imperiosa rapidez con que el siglo se iba. Pudo ser que la francesa y el sudamericano fueran víctimas del impetuoso romanticismo, de los impulsos de otro Mariano, de otra Thérèse, del sentimentalismo español que hacía agua en sus fronteras, del bien francés, o del simple hecho de que ambos querían apurar su noche de bodas. Pudo ser el amor: dudoso amigo, curioso enemigo.

A pesar de estar envuelto en el follaje de una vida de recién casado, en sus mareas de lino, durante esos años Mariano no olvidaba a la familia en ultramar. Escribía sin cesar a su hermano menor, al que acompañó a su padre en la guerra contra el mestizo rebelde Amaro; a Pío, quien lo veía a él como a un modelo sin igual, insuperable. Mas ese Pío nunca conocería ni reconocería a Thérèse. El orden de los factores sí alteraba el producto.

Viajan ella y Mariano a la Francia insurgente de Napoleón, y se establecen en París con la misma premura que signó su matrimonio. A los meses nace el pequeño Mariano. Apenas recobrada del parto, Thérèse se entrega desenfrenadamente al amor de su marido. Durante el tercer verano del nuevo siglo,

Mariano engendra a Flora.

Flora nace un año después, en abril, en una calle residencial de París, adonde llegarán un día Simón y su amigo Crusoe, un viernes; allí donde los visitará un simpático botánico francés acabado de regresar de un viaje alucinante por las Américas, que recorrió dibujando flores y midiendo piedras para un ciudadano alemán que por las noches pretendía observar la palpitación del cosmos. Un domingo de diciembre, en semana de astrales deslumbramientos, armados de abanicos y catalejos, en cuadrilla de gritos y apretujones, en racimo de americanos, germanos, peninsulares y franceses, contemplaron el coronado espectáculo del emperador Napoleón I.

Cuatro diciembres más tarde, un buen día de sol, Simón decide regresar a su América y pasa por su puerta a despedirse, pues antes parte para Roma. Adiós sorna incansable contra los godos, adiós sombrero.

La situación se oscurece con el invierno que se acerca, el destino hunde barcos sin mediar tormentas, quizás giros sin recibos, invade legalidades y depósitos bancarios con burocracia de guerra. Entonces Mariano decide informarse a fondo de la seriedad de los hechos que ocurren en España: se ha perdido contra Nelson hace ya tres buenos años, no hay Armada Invencible, y la Francia de su amada amenaza con ocupar formalmente la invadida península. Sueña con oscuros grabados de tinta y fusilamientos entre corrientes de aire y sudores fríos. Entonces recuerda bajo el aguafuerte de cortas fiebres. Escribe con vehemencia cartas que no termina; americano y oficial español, se cuida de que alguien lo señale por la calle, de atar los cabos perdidos de sus contactos, de saber de tíos, primos y hermanos, de poner a buen recaudo casa y riquezas que desaguaban.

En junio, *este* Mariano enferma de uno de esos males desconocidos y muere sorpresivamente, quizás engendrando más monstruos en su delirio, sobre su mesa de trabajo, empapando papeles, mesa y alfombra, con una tinta azul como el mar adentro, sin dejar en regla documentación alguna.

Años más tarde agonizaba el pequeño Mariano, nacido por decisión de su padre en una ciudad luminosa. Y el coronel Isolda no les dejaba a sus mujeres ni su apellido, ni su nombre. Bajo un pálido candil, sólo un horizonte teñido de un azul demasiado profundo donde solía morir un sol de oro, que le hubiera cerrado los ojos de ser el *otro* Mariano.